

«No se lee  
a Montaigne:  
se es leído por él.  
Es él quien  
nos comprende  
y nos descifra.»

**Nada hago  
sin alegría**



**EDITORIAL  
ROSAMERÓN**

# **Nada hago sin alegría**

UN PASEO CON MONTAIGNE

**PABLO SOL MORA**

Derechos exclusivos de la presente edición en español  
© 2023, editorial Rosamerón, sello de Utopías Literarias, S. L.

*Nada hago sin alegría*  
Primera edición: febrero de 2023  
© 2023, Pablo Sol Mora

Ilustración de cubierta y fotografías interiores de las páginas 36-38, 40-41, 44-45, 160-161 y 163-167 © J. Mauricio Restrepo  
Fotografías interiores de las páginas 35, 39, 42-43 y 162 © Pablo Sol Mora  
Ilustración de la página 185: litografía de Michel de Montaigne (1800-1857), dominio público

ISBN (papel): 978-84-125630-8-5  
ISBN (ebook): 978-84-125630-9-2  
Depósito legal: B 1543-2023

Diseño de la colección y del interior: J. Mauricio Restrepo  
Compaginación: M.I. Maquetación, S. L.  
Impresión: Romanyà Valls  
Impreso en España — Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución y transformación total o parcial de esta obra por cualquier medio mecánico o electrónico, actual o futuro, sin contar con la autorización de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal).

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por tanto respaldar a su autor y a editorial Rosamerón.

editorial@rosameron.com  
www.rosameron.com

## Índice

Al lector | 13

Preámbulo. Alrededor de la Montaña | 15

**PASEO I.** Hacia un arte de vivir | 47

**PASEO II.** Yo somos otros | 107

**PASEO III.** La lección de la alegría | 131

Epílogo. Camino de Montaigne | 169

Nota | 183

Y me paseo por pasearme.

*Ensayos, IX, III*

## Al lector

LAS QUE SIGUEN NO SON SINO MIS NOTAS de lectura, apuntes tomados en mis paseos por la Montaña, y no tienen otro propósito que el de invitarte a volver a ese país privilegiado que es Montaigne o, por qué no, a conocerlo por primera vez (que sí, hasta para los clásicos hay una primera vez). Siempre he creído en la existencia de ciertos libros que parecen especialmente dirigidos a nosotros, de manera personal e íntima: los libros que son nuestro destino. A veces hay que recorrer un largo camino de páginas para encontrarlos, pero ninguna experiencia de lectura se compara al momento en que el lector encuentra su libro. Yo poseo la íntima convicción de que una parte crucial de mi destino como lector se ha cumplido leyendo atentamente los *Ensayos*, y que en cierta forma todas mis lecturas anteriores no han sido sino una etapa previa para llegar aquí. Y es que, en resumidas cuentas, la gran lección del Señor de la Montaña, para quien sepa entenderlo, es ni más ni

menos que esta: cómo vivir alegre, felizmente, una vida humana. Este librito consta de tres paseos, correspondientes a los tres libros que integran la obra de Montaigne, y nada me alegraría más que fuera un puente para llegar a ella y cumplir así la modesta función del crítico frente a la gran obra: ser el mensajero del texto.



## PREÁMBULO

Alrededor de la Montaña

EN 1571, UN ANTIGUO CONSEJERO del Parlamento de Burdeos se retiró a sus dominios e hizo grabar en su estudio una inscripción latina que dice más o menos así:

*El año de Cristo de 1571, a la edad de treinta y ocho años, la víspera de las calendas de marzo, aniversario de su nacimiento, Michel de Montaigne, cansado desde hace tiempo de la servidumbre de la corte y los cargos públicos, gozando aún de plena salud, se retiró en el seno de las doctas vírgenes, donde, en medio de la calma y la seguridad, pasará los días que le resten de vida, consumida ya en más de la mitad. Si el destino lo permite, terminará esta morada y sosegado retiro ancestral, consagrado a su libertad, su tranquilidad y su ocio.*

Grave y algo precipitado propósito, pues en realidad este retirado prematuro no dejará de abandonar su encierro más de una vez cuando el deber (esa cosa pública de la que se dice harto), la salud o el placer lo llamen. Pocas cosas resultaron más nocivas para la posteridad de Montaigne que la imagen piadosa del solitario recluso en su torre —ajeno al mundo, renuente a la acción, paralizado por el escepticismo—, desde donde con desapego considera los asuntos humanos (una imagen que no requiere la lectura de los *Ensayos* y que suele excluirla).

Las razones detrás del retiro son varias: sincera fatiga de la magistratura, reciente herencia del dominio familiar, accidente a caballo que lo tuvo al borde de la muerte... Pero quizá la más profunda se remontaba a años atrás, a 1563, cuando ocurrió el fallecimiento del amigo único, Étienne de La Boétie. A partir de entonces, Montaigne, más que vivir, sobrevivirá; una especie de *tedium vitae* se apoderará de él: *porque en verdad, si comparo todo el resto de mi vida... a los cuatro años que me fue dado disfrutar de la dulce compañía y trato de este personaje, no es más que humo, no es más que una noche oscura y fastidiosa. Desde el día que lo perdí... no hago más que arrastrarme languideciendo* (XXVII, I). Sainte-Beuve recordaba oportunamente una cita de Plinio el Joven: «he perdido al testigo de mi

vida... temo, a partir de ahora, vivir más negligentemente» (*Epístolas*, I, 12). Y, sin embargo, la vida siguió y no dejó de otorgar al doliente motivos de alegría y emoción, aunque jamás olvidara al amigo muerto. Él lo sabía demasiado bien: mientras se está vivo hay que comprometerse con la vida y con los vivos, y no desperdiciar nuestra corta existencia sumidos en reflexiones lúgubres.



La ociosidad del retiro probó no ser tan sencilla al principio como había imaginado. Tal vez tenía en mente estas dificultades iniciales cuando tiempo después escribió: *retírense en ustedes mismos, pero prepárense antes de recibirse; sería una locura confiarse a ustedes mismos si no se saben gobernar. Hay forma de fracasar en la soledad como en la compañía* (XXXVIII, I). Hay una gran lección de humildad en estas palabras. Apenas hay persona que no fantasee con tener todo el tiempo libre para sí y hacer lo que quiera, retirarse y finalmente dedicarse a uno mismo; solo para descubrir, llegado el momento, que en realidad no tiene en qué ocuparse, que el estado anhelado toda la vida estaba

vacío. Este retiro resultó complicado al principio incluso para Montaigne, un individuo particularmente dotado para él. Es lo que podríamos llamar, pascalianamente, el problema del hombre en la habitación («toda la desgracia de los hombres viene de una sola cosa: el no saber quedarse tranquilos en una habitación», *Pensamientos*, 139). Por eso, ese furioso que era Pascal —el gran adversario de Montaigne, el antiMontaigne, de hecho— ordenaba: «cuando un soldado se queja de sus trabajos, o un labrador, etcétera, que les pongan a no hacer nada» (*Pensamientos*, 130).

Según cuenta el propio autor, apenas había comenzado su retiro cuando, vencido por la soledad, cayó en una profunda melancolía. Montaigne no poseía un temperamento en el que dominara por completo este humor, pero tenía una cierta tendencia hacia él y lo resentía especialmente. Hay que recordar que, según la medicina antigua, hay cuatro tipos de temperamentos, dependientes del humor prevaleciente en el cuerpo: el colérico (bilis amarilla), de los individuos irritables; el sanguíneo (sangre), de los impulsivos y activos; el flemático (flema), de los sosegados y pasivos, y el melancólico (bilis negra), de los tristes y reflexivos, generalmente asociado a la filosofía y las artes. Una buena salud consistía en la armonía de los cuatro, pero normalmente uno, que definía el carácter, prevalecía. Mon-

taigne buscó siempre un sano equilibrio de los cuatro y entendió que, aunque tengamos tendencias naturales a alguno de ellos, es posible, y deseable, modificarlas mediante un esfuerzo de la voluntad: *no hay que aferrarse con tanta fuerza a los humores y complexiones propios. Nuestra principal cualidad es saber aplicarse a diversos usos. Es ser, pero no vivir, mantenerse atado y obligado por necesidad a una sola forma de ser. Las almas más hermosas son aquellas que tienen la mayor variedad y flexibilidad* (III, III). Es uno de los mayores y más arduos ejercicios de la libertad: el que se ejerce al interior de uno mismo y nos permite no ser esclavos de nuestros humores y estados de ánimo.

Fue, entonces, una crisis melancólica la que originalmente lo empujó a escribir. Sabemos, además, que su intención era retirarse en compañía de las *doctas vírgenes*, o sea, las musas. Escribir, de acuerdo, pero qué y cómo. En esa búsqueda, Montaigne vacilará no poco. En los primeros ensayos (que lo son por partida doble), particularmente en sus primeras versiones, son perceptibles los tanteos y las dudas. Asistimos a la invención de un género. Hay todavía ahí demasiados ejemplos, demasiadas historias, demasiada erudición ordinaria. Montaigne se contiene, se oculta un poco detrás de esa pantalla, no acaba de ser del todo *la materia de su libro* («Al lector»). Y, sin embargo, a veces se le suelta la mano,

en especial cuando escribe sobre temas que le tocan en lo vivo: la ociosidad, la muerte, la soledad, la imaginación. Ahí comienza a perfilarse el verdadero Montaigne, el que dominará en los siguientes ensayos y encontraremos plenamente realizado en el libro III. Lo que importa destacar ahora, en todo caso, es la decisión del retiro, por inconstante que fuera (y no podía haber sido de otra forma), que se encuentra en la raíz de los *Ensayos*.

(M)

Vayamos ahora al principio del libro, a ese lacónico «Al lector» que, como decía Borges, no es el texto menos admirable de los *Ensayos*. No conozco otra advertencia, proemio o prólogo más contundente que estas breves líneas (solo el del *Persiles* cervantino, escrito por un hombre de la misma familia espiritual que Montaigne: irónico, alegre, compasivo). Todo o casi todo en ellas obedece a pautas retóricas, pero esto no le resta un ápice a la originalidad de Montaigne, que precisamente se vale de ellas para expresarla.

*He aquí un libro de buena fe, lector. Nada más simple, en apariencia: un libro sincero, bienintencionado,*